

Miljenko Jergović

Volga, Volga

Traducción del croata de
Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

PRIMERA PARTE

Bajo el árbol Zaqqum 11

SEGUNDA PARTE

El hombre más solitario de la Tierra 119

TERCERA PARTE

Levántate, hijo de Avram 253

A propósito del libro 269

A Senad, alguna vez

PRIMERA PARTE
Bajo el árbol Zaqqum

Mi nombre es Dželal Pljevljak. Llevo treinta y cinco años trabajando como personal civil en el Ejército. El coronel Uzelac me llamó ayer a su oficina, me ofreció un café y me preguntó si quería jubilarme. Calculaban mi tiempo de servicio como si fuera un suboficial en activo, un sargento primero, y debería haberme jubilado hace ya mucho tiempo.

Podrías haberte marchado a tu pueblo en Sandžak y haberte sentado delante de tu casa en la cima de una colina a disfrutar observando tus ciruelos pendiente abajo. Así me lo dijo, mientras me miraba de reojo a la espera de mi respuesta. Le contesté, camarada coronel, yo ni tengo ciruelos, ni casa, se la dejé a mi hermano Ragib, que falleció hace tres años dejando todo a sus hijos. Y a estos hace más de veinte años que no los veo, porque no he estado en Sandžak desde entonces, de manera que ahora cuento con que no tengo ni Sandžak ni casa ni ciruelos.

Él me observó y meneó la cabeza como si tuviera delante a un enfermo grave. Qué vamos a hacer contigo, paisano mío, me dijo, y con la pluma estilográfica destapada, de la que cayeron unas gotas de tinta, tamborileaba en mi expediente. Las gotas se corrieron por el informe de mi hoja de servicios y mis evaluaciones que había traído quince años atrás de Baška Voda, lacradas con el sello del comandante Terzić y cuyo contenido, como debe ser, yo nunca había conocido. Y en ese momento estaba viendo la tinta gotear y emborronar el escrito impidiendo que alguien más pudiera leerlo.

Debería haberme dado igual, pero no era así. Le habría pedido al coronel que dejara de tamborilear con la estilográfica, pero no pude, eso no se hace, así que seguí mirando la punta dorada esperando que me viera y dejara de hacerlo.

Y ahora qué, me preguntó. Si hay alguna posibilidad, sea cual sea, déjeme trabajar un año más, le contesté. Pero tienes que centrarte, irte antes de la primavera a Sandžak a la casa de tus sobrinos, decirles cómo están las cosas y que te den un trozo de tierra, construirte una casa y plantar un huerto de ciruelos. Para que el año que viene, en esta época, puedas instalarte allí a esperar la primavera y podar por primera vez los jóvenes frutales. ¿Me has entendido, Dželal? Le dije, sí, y gracias, y no lo olvidaré. No, no lo hagas, recuérdalo bien. Si tú no lo recuerdas, se irá todo al carajo, la gente se ha vuelto tonta, a este paso se olvidará de todo, de lo que fue y de lo que no debe ser.

Eso me dijo, y yo me levanté y me dirigí hacia la puerta. Y ahora qué, me preguntó antes de que saliera. Nada, contesté, mañana es viernes. Y Año Nuevo. Pues ¡feliz Año Nuevo, Dželal! Lo mismo le deseo, mi coronel. Así nos despedimos.

Es el tercer año que mantenemos la misma conversación. El coronel Uzelac me dice que es hora de jubilarme. Me pregunta por los ciruelos y la casa en Sandžak, y yo le explico, con sinceridad, sin decir ninguna mentira, que no poseo nada. Él me nea la cabeza como si yo estuviera gravemente enfermo y me concede un año más, pero me dice que antes del año que viene debo construirme una casa y plantar un huerto de ciruelos. Lo observo y pienso, ha olvidado lo que me dijo el año pasado o finge haberlo olvidado. Yo preferiría que fingiera, porque, si no fuera así, entonces probablemente lo estaría engañando y estaría cometiendo un pecado este año y los anteriores. Nunca sabré cuál es la verdad.

Es por la mañana, las seis en punto, todavía no ha amanecido, pero debo emprender el viaje.

Bajo al garaje, el portal apesta a bacalao y a orina humana, detrás de unas puertas se oye música, detrás de otras ronquidos. Alguien ha vomitado en la salida. Así son los jóvenes, los padres les dejan celebrar por primera vez la fiesta en compañía de los

amigos, y ellos no hacen otra cosa que emborracharse como si fuera la última vez. Pienso en ellos para no tener que pensar en otro asunto.

La cerradura está oxidada, en cualquier momento la llave se romperá dentro. Habría que cambiarla de una vez por todas. Es lo que pienso cada viernes, pero el sábado ya no me acuerdo. Hasta que una mañana se rompa la llave por fin.

El Volga brilla en la penumbra como un piano.

Lo miro y pienso en lo bonito que es, mientras me viene a las mientes el piano en la Casa del Ejército de Šibenik. Corría el año 1969, el Centro de Comunicaciones se trasladaba y me destinaron como auxiliar; hubo que esperar a un capitán, un esloveno que se llamaba Mitja Kalc, y, mientras lo esperábamos, un soldado se sentó tras el piano, no pidió permiso a nadie, simplemente empezó a tocar. Era un recluta de Belgrado, rubio como una tortita y menudo, no se habría quedado grabado en mi memoria si no hubiera empezado a tocar en aquel momento. ¡Ojo, había que tener valor para hacer algo así delante de los superiores!

No sé qué tocó, no entiendo nada de música, pero terminó enseguida.

Nadie le dijo nada y, al cabo de un minuto, tal vez menos, se levantó, bajó la tapa y se acabó. Le estoy agradecido a aquel soldado, solo Alá el Misericordioso sabe qué ha sido de él, si la vida le trata bien o toca por los bares. Gracias a él conservo el recuerdo de aquel día y no he olvidado que esperábamos al capitán Kalc, que estábamos en la Casa del Ejército y en Šibenik, y tampoco he olvidado que el Centro de Comunicaciones se trasladaba. De no ser por aquel soldado, ese día habría desaparecido como si no lo hubiera vivido. No es poca cosa que, sin querer, alguien te salve un día de vida.

Y, además, ahora no sabría qué negrura tiene el negro de mi Volga. Lo miraría esta mañana y me faltaría algo si no hubiera existido aquel piano.

Ayer por la noche vacié el maletero, saqué todas las cosas inútiles que se habían acumulado en los dos últimos años. Y se acumula mucha basura, igual que en el desván o en el sótano, por más que uno tenga cuidado. Es cierto que no lavo ni limpio el

Volga a menudo, tal vez solo lo he hecho una decena de veces, pero aunque lo hubiera hecho con más frecuencia, estaríamos en las mismas.

En el garaje, encima del taburete, dejé también el diario de ruta del difunto general Karamujic: un cuaderno de colegio de tapas rojas duras en el que anotaba cada trayecto, cada depósito de gasolina, el comportamiento del vehículo en la carretera, las averías y los ruidos del motor. Me digo que es mejor que el diario de ruta se quede aquí, porque quién sabe lo que nos deparará el futuro y cómo podría interpretarse lo que mi general había escrito. Y no me gustaría en absoluto que se produjera un malentendido.

Reviso una vez más uno por uno los compartimentos, los huecos y la guantera, para que no quede nada dentro por casualidad.

Además no tengo prisa, es Año Nuevo, un día tranquilo, no habrá tráfico en la carretera. El mar delante de la isla de Brač está gris como el acero, pero no sopla el *bura*, ese viento gélido del Adriático, de modo que el frío no se siente. Cierro tras de mí la puerta del garaje, con cuidado para que no dé un portazo y despierte a los vecinos, y espero a que el motor se caliente.

En el segundo piso del edificio de enfrente hay una ventana que observo hace ya varios años.

La cortina se mueve, tras ella aparece una cabeza femenina canosa, se queda inmóvil y espera a que yo me ponga en marcha. Daría su vida por saber adónde voy, y sigue conservando la esperanza de que un día alguien se lo diga. Cada viernes, exactamente a las seis y cuarto, mientras el mundo a su alrededor duerme, se asoma a la ventana porque sabe que me verá. Corre la cortina solo un poquito, lo justo para sacar la cabeza, por lo que deduzco que alguien más duerme en la habitación y que teme despertarlo. Mira y espera tanto como sea necesario, a veces diez minutos, a veces incluso media hora. Las otras mañanas no está en la ventana. Lo sé porque a veces me marchó al trabajo poco después de las seis y miro, pero ella no está. Supongo que se levanta cada viernes solo por mí, o por curiosidad. Pero luego pienso que, tal vez, es su manera de rezar. Mirándome todos los viernes por la ventana a las seis y cuarto.

Me pongo en marcha para que la mujer no espere demasiado.

Este es un Volga M24, fabricado en el año 1971. Un coche ruso potente, pero que gasta mucho. Se lo compré al general Musadik Karamujić, y él se lo había comprado al general Nikola Ljubičić, quien se lo vendió muy barato porque se quería desembarazar del Volga, y luego Karamujić me lo vendió barato a mí porque se jubilaba.

Cuando el general Ljubičić lo puso en venta, circulaba el rumor de que había llegado un despacho del gabinete del Mariscal con el mensaje de que no estaban bien vistos los oficiales que conducían coches rusos, Moskvitch y Zaporozhets. Ljubičić vendió su Volga para dar ejemplo. Y Karamujić lo compró porque le daba igual. Bromeaba diciendo que el despacho no lo atañía y que en su caso, al ser él musulmán, no estaría bien que condujera un coche turco, mientras que uno ruso no podía ser un problema.

Y luego entonaba la canción *Volga, Volga*, y cantaba muy bien, en particular las canciones rusas.

Cuando el general Karamujić cantaba, a los que lo escuchaban se les llenaban los ojos de lágrimas. No lo diría si yo mismo no lo hubiera visto varias veces y no hubiera llorado junto a él.

Lo del coche ocurrió, lo recuerdo, en la época en que Nixon visitó Yugoslavia; fue entonces cuando Ljubičić vendió el Volga a Karamujić. Luego lo vimos en la televisión dando el parte al presidente americano. Aquel día no hacía frío, pero cuando Nixon salió ante el pelotón de soldados y Ljubičić lo saludó, empezamos a congelarnos. Estábamos unos diez en la sala de oficiales, nosotros, los tres conductores, y el resto eran cabos, sargentos y el teniente Česojević. Esperábamos al mayor Spirkovski para dirigirnos luego a Knin y temblábamos de frío, todos a la vez. La situación se prolongó media hora más después de que acabaran las noticias, todos callados, nadie pronunció palabra. Y qué vas a decir cuando se trata de cosas tan peligrosas.

Luego la vida empezó a volver lentamente a nosotros. ¿Qué ha sido eso?, el primero en hablar fue Jozo Komšo, el conductor más antiguo de la división. No ha sido nada, camarada Jozo, y ni se te ocurra pensar que ha sido algo, le contestó el sargento primero Milutinović.

Al día siguiente terminé en el dispensario porque tenía congelados los dedos de los pies. Al doctor le extrañó, pero no le dije cómo había sucedido.

Se rumoreaba que Henry Kissinger había ordenado que los espías averiguaran el número de oficiales y suboficiales yugoslavos que conducían coches rusos. Tal vez no sea cierto, no lo sé. Lo que yo recuerdo es lo que la gente contaba por aquel entonces.

Unos pocos meses después de que el general Karamujić comprara el Volga, murió su esposa.

De repente, no estaba enferma, simplemente una mañana no se levantó de la cama. Cubrieron el féretro con una bandera, la del Partido, y junto al ataúd iban los seis hijos, tres a cada lado. Ninguno de ellos lloraba.

El general no permitió que se enterrara a Milka en Split, sino que la trasladaron a Sarajevo, algo que no fue visto con buenos ojos y por lo que Karamujo, como solían llamarlo, fue objeto de habladurías en la comandancia. Los tiempos que corrían después de la Primavera Croata eran así, extraños y complicados, y cualquier cosa y a cualquier persona se la miraba con lupa. Seguramente la enterró en Sarajevo por los trescientos alminares que salpican sus colinas. ¡El muy turco! Es lo que se oía, lo que se susurraba en los rincones y en el comedor de oficiales, y yo no sé quién lo decía, porque me esforzaba en no oírlo y por lo tanto en pasar por alto incluso aquello que había oído, mientras que lo que no podía pasar por alto lo olvidaba inmediatamente. Era lo mejor. Sobre todo para mí. Y el desgraciado Musadik ni era creyente ni buen conocedor del islam ni tenía imán, al contrario, en la vida se dejaba llevar por la desesperación, a pesar de dar la impresión de ser un hombre alegre hasta que empezaba a cantar canciones rusas.

No volvió a casarse, aunque hubiera sido mejor para él. Dicen que una mujer de Split llamada Radojka se interesó por él, pero que el general tuvo reparos por lo que pudieran pensar sus seis hijos. La gente suele decir muchas cosas, uno no puede saber lo que es verdad y lo que no.

Todos los domingos iba a Trogir para lavar el Volga. Iba al patio de un taller de coches que tenía una fuente y allí, con una

manguera y una esponja, solía limpiar el coche hasta la tarde. La gente lo quería porque se inventaba chistes. Lo llamaban nuestro general, y a él le gustaba. Era huérfano, oriundo de Bosnia oriental, a su padre lo habían matado cuando luchaba en las filas de los Domobrani, el Ejército regular croata, a su madre la degollaron los *chetniks*, y él había crecido en orfanatos. En el fondo, el niño nunca supo ni de dónde venía ni a quién pertenecía. Por eso le gustaba que los lugareños de Trogir lo llamaran nuestro general.

Cada vez que había que asfaltar una calle, excavar un pozo o renovar el alcantarillado, los troguireños llamaban a Karamujić para que acelerara los trámites administrativos, ya fuera en Split, ya en Zagreb. Y cuando en 1972 arrestaron a algunos que se habían descarriado siguiendo a Savka Dabčević-Kučar y a Mika Tripalo, o habían llamado demasiado la atención al ondear banderas croatas o cantar cosas que no debían, Karamujić instó a Split a que dejaran en paz a la gente. Y, en efecto, al día siguiente salieron libres. Lo recuerdo, sucedió en la época de la gran maniobra Libertad 72. Yo conducía al general a Knin cuando cerca de la localidad de Brnaze nos detuvo la policía militar. Un gigante con correa blanca; dos metros, ciento veinte kilos y calvo. No tenía ni cejas ni pestañas, de manera que parecía todo él bañado en leche, tal cual. Dijo, general, ¡venga conmigo! Así se lo dijo, y eso que era un simple soldado. Karamujo lo miró, sin dar crédito a sus propios ojos, la cara se le enrojeció y empezó a rascar ligeramente la funda de su pistola. Callaba y no se movía. General, tengo órdenes, repitió de nuevo el gigante; evidentemente le daba igual lo que el general fuera a hacer. Hiciera lo que hiciera, él cumpliría las órdenes. Y en este punto me asusté.

Por primera vez vi que un simple soldado puede estar por encima de un general.

Me quedé esperando al lado del coche aparcado casi en mitad de la carretera, y ellos dos se sentaron en el Citroën militar, un Tiburón, y se fueron. Estaba tan asustado que ni me extrañó. Más tarde oíría que se desplazaron solo unos doscientos metros hasta el restaurante Sunce. El gigante lo acompañó dentro, había gente sentada por doquier comiendo cordero, los niños tirando de los manteles, las madres regañándolos. Era verano, los veraneantes

se dirigían a la costa y todas las mesas estaban ocupadas. Y el general en uniforme de campaña no entendía por qué el soldado lo había llevado a ese lugar ni lo que quería de él. Pero según avanzaba más convencido estaba de que se había metido en un gran lío.

O iba a ocurrir algo horrible o alguien pagaría la broma con la degradación y el traslado a la isla de Lastovo.

En un rincón, en una mesa que casi rozaba la barra, estaba sentado, estudiando el menú, un señor mayor en chanclas, pantalón corto y camisa con estampado de palmeras.

Al principio, el general ni siquiera lo reconoció, porque solo lo había visto en uniforme: el coronel Adolf Reš. Las piernas le empezaron a temblar, a pesar de que él tenía mayor graduación, porque hacía ya veinte años que había una regla: para aquel a quien cita Reš, la siguiente parada es la prisión de Lepoglava o la de Goli Otok.

Él fue quien le dijo a Đilas que ya no era Đilas y lo puso a raya.

Dijo, siéntate, Mujo, ¿qué quieres comer? No tengo hambre, le contestó el general. No tienes ahora, pero la tendrás mas adelante, así que mejor que comas bien. ¿Y qué podía hacer el general más que pedir cordero?

Mientras esperaban, Reš empezó a hablar de su viaje a la costa y de que no hacía mucho que se había comprado una vieja casa en la península de Pelješac y la estaba arreglando; le servía de pasatiempo y preparación para cuando se retirara. Le dibujó la casa en una servilleta, y en verdad que dibujaba bien el coronel, cualquier cosa que dibujaba parecía llenarse de vida, y además le gustaba dibujar a todos los que interrogaba o destituía. Cuentan que dibujó a san Blas, patrón de Dubrovnik, con la ciudad en la mano y que se podían distinguir todas las casas de la ciudad vieja, antes de decirle a Aleksandar Ranković que Tito iba a destituirlo al cabo de media hora, y a él solo le quedaba elegir si quería suicidarse de un disparo en la sien y ser recordado como un héroe serbio o seguir viviendo retirado en Dubrovnik, y el Ejército y el Partido se ocuparían de que nadie lo recordara como un héroe.

Y mientras le dibujaba al general Karamujić su casa en Pelješac, la parra y la pérgola de delante, a su mujer, Štefica, profesora de

historia, sentada debajo de la pérgola leyendo a Tolstói, a los nietos que jugaban alrededor de la mesa y al gato persa, Sidonija, en el regazo de Štefica, al general le pareció oír las avispas debajo de la parra de Reš mientras bebían de las dulces uvas.

¿Cómo es que hay avispas en las uvas, si el otoño todavía está lejos?, se extrañó Karamujo en su fuero interno.

Reš lo había embrujado y apresado bajo su tutela: ya no sentía miedo, se limitaba a esperar sumisamente el momento en que le romperían la crisma.

Luego llegó el cordero, comieron y bebieron. Reš insistió en que tomaran cerveza de la marca Lederer y, cuando se lo comieron todo, todavía se estuvo hurgando los dientes con un palillo durante un buen rato. Su dentadura era recia y sana, contaban que nunca había estado en un dentista y que, igual que la piedra de la isla de Brač, sus dientes no se corroían. Le gustaba enseñarlos. Por eso, dicen, aprovechaba cada ocasión para ir a comer con aquellos a los que debía intimidar, incluso aunque no tuviera hambre y le diera igual la comida.

Por fin hizo trizas el palillo y lo tiró al cenicero azul de metal, y, mientras lo partía, rompió a hablar. De modo que en tu opinión, general, habría que soltar a los detenidos por actuar en nombre del nacionalismo croata. Como si dijéramos, liberar a unos *ustachas*. Tienes razón, este Estado es lo suficientemente fuerte como para no tener que encarcelar a esos tipos, solo le producen gastos. Pero ¿dónde está la justicia si los *ustachas* tienen la misma libertad que cualquier niño inocente de este país?, por no hablar de lo que supondría para nosotros, que dimos la sangre por él. Además, ¿qué libertad sería esa y qué valor tendría? Ya ves, general, por eso nosotros seguiremos arrestándolos, y tú no te inmiscuyas para no tener que arrestarte también. A ti, y a tu difunto padre, oficial *ustacha*. Y lo que menos debe preocuparte, Mujo, es que tu padre esté muerto. Nosotros arrestamos incluso a esos si es por el bien del país.

Pasaron más de dos horas antes de que el general Karamujić, bañado en sudor, volviera al coche.

No llegó en el Citroën, sino a pie, lentamente, acercándose por la orilla de la carretera, con el rostro lívido, como si ya es-

tuviera muerto. Primero calló durante un buen rato y luego, sin que yo preguntara nada, me contó lo sucedido.

Lo contó todo, incluso lo que habían comido y bebido, pero tuve la sensación de que algo se callaba. No sé el qué, pero seguro que algo. Lo sé porque después de aquel despacho con el coronel Reš, en el restaurante Sunce, en el pueblo de Brnaze, el general empequeñeció de alguna manera y nunca más volvió a ser tan grande como antes.

Y todo eso por culpa de Trogir y del taller de coches delante del cual lavaba los domingos el Volga y contaba a los vecinos, que se reunían a su alrededor, chistes que se le habían ocurrido entre semana. Como típicos dálmatas, para captar sus simpatías, competían por contarle en qué división habían servido sus padres, sus tíos, mientras él los oía sin escucharlos, porque la guerra ya no le interesaba y solo le importaba dónde encajar sus chistes, de manera que si no tenía más remedio alzaba la voz, la gente se callaba enseguida y él podía continuar con sus chanzas.

Estaban un bosniaco, un americano y un ruso... O: está la madre a punto de prepararle a Mujo un pastel de cabello de ángel y de repente aparece en la ventana una golondrina, golpea tres veces con el pico contra el cristal y pregunta... O también: una vez el camarada Tito y el camarada Kardelj iban con sus señoras camaradas de vacaciones a Makarska. Kardelj conduce un Volga, precisamente uno como este, y el camarada Tito busca en el mapa dónde está Makarska y dice: al diablo tú y tu mapa, Bevc, me has dado el de China...

La gente se reía, y el general estaba feliz; con la mirada recorría las caras, exactamente como si quisiera memorizar todas esas risas, porque las iba a necesitar cuando se quedara solo. A veces ellos se reían porque los chistes del general les resultaban graciosos, y a veces solo por cumplir, para no decepcionarlo y para que el general, ¡Dios nos libre!, no fuera a malinterpretarlos. Karamujo era una persona ingeniosa, poseía esa facilidad de palabra sin la cual no se pueden hacer ni chistes ni bromas, un carácter bondadoso y un corazón noble, y también tenía buen ojo para la naturaleza humana y sabía que los hombres se ríen antes si los plantas ante el espejo.